

La crisis del dólar

Grave cosa es que un error de bulto, perdurador de tiempos pasados en las mentes de los rectores de la moneda, ponga en mal trance la suerte del mundo. El error, que ya ha traído muchos males, y los traerá peores si Dios no lo remedia, consiste en hacer del oro el árbitro de la economía. Dejémoslos ahora de reservas monetarias, de producciones auríferas, de entradas y salidas de oro y de otros pelendengues de técnica monetaria, y planteémoslos la cuestión en su esencia.

Nosotros necesitamos para nuestras transacciones ordinarias de una medida de los valores, medida que ha de medir el valor de todo: del trigo y de la carne, de la madera y del hierro, de la plata y del oro, y de tantas cosas más... El valor de todas esas cosas varía, y son esas variaciones precisamente las que necesitamos medir.

La unidad de medida usual para los valores es la unidad monetaria. Mas todos sabemos por experiencia lo engañoso que es eso. Una medida de volumen es un cierto volumen conocido, una medida de peso el peso de una determinada cosa. La medida de valor necesita ser el valor de una cierta cosa valiosa. Pero ¿qué cosa? Ninguna tiene un valor fijo. Si hacemos que nuestra unidad de valor sea un kilogramo de trigo y decimos que la carne ha subido desde cuatro a seis unidades de trigo por kilogramo, tendremos que saber, para apreciar exactamente esa variación, si no ha variado también mientras tanto el valor del trigo que suele bajar en años de abundancia y encarecerse con la mayor demanda.

El oro es una de las mercancías de valor más variable, y aún resultan más variables las monedas de ese metal que, a través de la Historia han pasado a menudo de valer un cierto peso a tener otro diferente. Los economistas se han valido, para fijar el valor histórico de las monedas, de otras unidades consideradas más estables, como un cierto peso de trigo o el valor de una cierta cantidad de trabajo. Mas nada de eso tiene firmeza, y modernamente se ha estimado que lo más seguro, para calibrar las

variaciones de valor de la misma moneda, es tomar un promedio de muchas mercancías (si fuera posible de todas) y contando con que en ese conjunto de numerosas mercancías diversas se compensarán unas con otras las múltiples influencias en un sentido y en otro, y sólo quedarán las debidas a la moneda que obran siempre en el mismo sentido, construiremos lo que se llama un índice o nivel de precios de cada época que permiten corregir las apreciaciones vagas que nos dan los precios reales.

En la práctica los países han seguido aferrados a los precios oro expresados en una unidad monetaria que representa un cierto número de gramos o miligramos de oro. El dólar es una de esas monedas, y como es la que sirve de patrón general a todo el Occidente, casi todas se hallan enlazadas al oro a través del dólar.

Ahora bien, hace tiempo que el oro muestra tendencia a subir de valor, lo cual exigiría en una economía bien armonizada que los precios oro bajaran. Como no ocurre eso, sino que al contrario, los precios tienden a subir en Norteamérica, el dólar que sigue fijado desde hace casi 30 años en 35 pesetas por onza se sobrevalúa. Las transacciones entre particulares parece que han llegado a la cotización de 41 dólares por onza, mientras la oficial es de 35 solamente. A ese tipo el Tesoro americano lo vende a los importadores (aunque con muchas restricciones).

Todo esto no tendría gran importancia si no fuera susceptible de determinar una grave crisis económica en Estados Unidos. Y no por lo que el vulgo supone de que América tenga que devaluar, sino porque deje de hacerlo cuando no sea demasiado tarde. Si con 35 dólares se compra en Norteamérica una onza de oro que en el mercado libre se puede vender por 41, por 40 ó por 38, de ahí se deduce que la mercancía que hoy por hoy conviene más exportar de América del Norte es el oro, importando allí artículos corrientes que aquel mercado solicite, para pagar ese oro. Pero América se halla desde hace algún tiempo abocada a una re-

cesión, y en esa coyuntura lo que le conviene no es exportar oro, que no es un producto del trabajo americano, sino automóviles, trigo, acero, aviones, maíz, cosas todas que resultan caras si hay que pagarlas en onzas de oro por las que se pueden obtener 40 dólares.

Si la gran nación americana quiere evitar la crisis que se cierne sobre ella no tiene más solución que repetir lo que ya hizo en tiempos de Roosevelt: devaluar el dólar poniendo de acuerdo su valor real con el legal. Entonces podrá exportar y saldar su balanza de pagos no en oro que es riqueza muerta, sino en mercancías vivas salidas de sus fábricas y acabadas de elaborar por las manos de sus obreros que en caso contrario tienen que permanecer ociosas.

América puede seguir exportando onzas de oro a 15 dólares. Eso no contribuirá en nada a aliviar su situación económica. El confiar en eso en que puede hacerlo, acaso sea su perdición, dejando que la depresión le cale tan hondo que sea luego muy difícil corregirla. Eso no puede hacer más que arruinar su economía y dar una aparente confirmación a los augurios comunistas sobre el mundo capitalista.

La otra salida que tendría para equilibrar las cosas sería hacer bajar los precios de todas las mercancías hasta poner esos precios en línea con los del oro. Eso sería una empresa ruinosa que aumentaría la depresión y conduciría a una catástrofe.

Que las cosas se arreglen por sí mismo no es probable. Cuanto más se teme una devaluación y más inminente parece, más se acelera la sobrevalorización del oro, porque el oro se solicita cada vez más, como el mejor instrumento de atesorar y de guarecerse contra los efectos de esa devaluación. Entonces su extraordinaria demanda impulsa fuertemente el alza en mercado libre, lo cual agrava más la situación de los países que regulan rígidamente su dinero por el valor del oro.

Una última derivación que la cuestión podría tener es que, para defenderse América de la invasión de artículos extranjeros y defender sus reservas de oro, decidiese poner obstáculos a la importación y favorecer la exportación por medio de primas, de facilidades de créditos para exportar y otros artilugios aduaneros. Esto conduciría a una guerra de tarifas que sería mortal para la cooperación de las naciones de occidente. Las altas barreras aduaneras fueron causa importante, a juicio de famosos preopinantes, de las dos guerras mundiales.

La salida de esta situación a que ha conducido el empeño de mantener el patrón oro, siquiera sea en la forma restringida que lo tiene Norteamérica, es difícil y en ningún caso airosa. Todo esto se hubiera evitado procurando mantener un nivel estable de precios, en lugar de un valor oro inflable de la moneda. Impútese esto a la obra funesta de los malos profetas.

Germán Bernácer